



# LA MODERNIDAD DECIMONÓNICA

ANNE STAPLES\*

\* El Colegio de México







parentemente reinaba una gran tranquilidad en las provincias mexicanas de la corona española. La vida era rutinaria, apegada, como en todo el mundo, a los ciclos agrícolas. La gran capital también tenía su ritmo de vida, sus ritos privados y públicos, sus tradiciones familiares y religiosas. Cuando llegaron las noticias de la Revolución

Francesa la reacción fue de horror. El sólo contemplar la posibilidad de alterar el orden y la paz, el pensar en lo que harían los pobres o los indígenas si dejaran de reconocer la autoridad de sus superiores, angustiaba a esa sociedad colonial que era profundamente jerarquizada y corporatista. El insistentemente predicado amor a la persona del rey reforzaba el sometimiento dócil de los buenos súbditos. El temor a Dios y a sus ministros en la tierra recordaba a los creyentes su lugar predestinado en la vida y los probables castigos después de la muerte. Sin estas dos armas, el amor y el temor, se creía que los lazos que constreñían a la sociedad se romperían, dejando en su lugar el caos, la miseria y la destrucción del catolicismo, entendido como la forma más perfecta de civilización.

La Guerra de Independencia superó con creces las



pesadillas más terroríficas provocadas por los regicidas franceses. Como ejemplo, se puede citar el hecho de que jamás se había violado en México la inmunidad eclesiástica. El fusilar a un sacerdote sin degradarle era matar a una persona consagrada, era atentar contra la divinidad. Si era pecado gravísimo golpear a un ministro del Señor, ¿era concebible ejecutarle? Un Estado que lo permitía, que lo anunciaba públicamente como política, estaba introduciendo cambios que llevarían a su destrucción y a debilitar uno de los cimientos más fuertes de su propia legitimidad.<sup>1</sup> Con la inestabilidad provocada por la guerra, se volvieron frecuentes los cambios radicales en la relación entre superiores e inferiores, entre gobernantes y gobernados. Surgía la duda de si era la sociedad tan jerarquizada como siempre se había predicado. El propio Estado obligó a muchos a cuestionar el mundo estático, ordenado, guiado por un plan divino inexorable. La herencia de la Revolución Francesa, con su ímpetu por buscar el cambio, llegó a México a pesar de todos los esfuerzos de parte de la Iglesia y del gobierno por evitarlo.

Al mismo tiempo que unos se aferraban a la idea de una sociedad ordenada bajo los santos preceptos de la religión, como contramedida al desorden y a las reformas propuestas por los jacobinos, hubo otra corriente presente en el pensamiento novohispano, la ilustrada. Siempre católica, ya que no cuestionaba el dogma, la ilustración encontró tierra fértil en el ánimo de pequeños grupos de jesuitas y otros hombres con la vista puesta en el futuro. Como lo describió magistralmente José Miranda, estas personas buscaban el conocimiento útil, las respuestas a todas las preguntas, la supresión de las creencias populares, la reforma de las costumbres, tanto seculares como eclesiásticas. Había que estudiar el mundo físico que nos rodea, conocerlo profundamente, entender los fenómenos naturales, preguntar, razonar, observar. Pero sobre todo razonar. Elevaron la razón a la cúspide de las capacidades humanas. Su símbolo era la luz; su siglo, el siglo de las luces.<sup>2</sup>

México empezó su vida independiente heredando dos tendencias opuestas. Una era la añoranza de una sociedad estructurada, jerarquizada, formada por corporaciones o grupos donde la identidad individual quedaba sumergida y protegida por la fuerza mayor del conjunto. Fueros y privilegios, honores y distinciones reforzaban las diferencias entre los miembros de la sociedad. Esta manera de visualizar a los mexicanos iba en contra de la corriente generada por la fraternidad e igualdad exigidas en la Revolución Francesa, por las experiencias igualitarias de la Guerra de Independencia, por las ideas ilustradas que circulaban en formas insospechadas fuera de las aulas universitarias. Su influencia se sentía en la manera de vestir a los guardias de palacio, en sermones de ciertos clérigos, en tratados acerca de los cometas o las enfermedades. Se sentía en los periódicos, el *Mercurio Volante*, o la *Gazeta* de Alzate donde el conocimiento útil era cómo evitar el gorgojo en el frijol o cómo limpiar el óxido de fierro.

Las dos maneras de ver la vida estaban presentes en México cuando logró su independencia. El triunfo de Iturbide no significó la derrota de una de las dos. Con el tiempo, una iba ganando terreno, pero no sin tropiezos, donde la otra parecía imponerse nuevamente. México no se convirtió en una nación moderna gracias a la separación de España. No se secularizó, pero tampoco pudo parar el proceso secularizador promovido en las cortes de Cádiz y combatido por los conjurados de la Profesa.

Había entonces fracciones muy diversas: tradicionalistas que buscaban conservar el orden de la sociedad mediante antiguos mecanismos de lealtades y creencias, que más adelante llamaríamos conservadores; ilustrados y reformadores que buscaban poner al individuo en primer plano, destruir comunidades eclesiásticas y étnicas, homogenizar la sociedad, democratizarla a largo plazo, dictar, a corto plazo, lo que le convenía. Su lema era “todo para el pueblo, nada con el pue-



blo". El primer grupo se caracterizaba por un miedo profundo hacia la modernidad, que llegaba casi a odio. Era misoneista, desconfiado de lo nuevo hasta que no comprobara su necesidad. El segundo grupo buscaba las innovaciones por el hecho de serlo; todo había que intentarlo, todo probar, todo destruir, sin importar lo que se construyera en su lugar. Pero es preciso matizar estas etiquetas. Nadie, durante los primeros años de independencia, era completamente liberal o conservador, nadie tradicionalista a morir o radical rayando en anarquista. En un mismo individuo se encontraban ambas tendencias y la vida política del nuevo país lo comprobó plenamente. Los mismos que pusieron sus esperanzas en una monarquía constitucional con Iturbide a la cabeza, decidieron quitarlo e instituir una república federal. Algunos de ellos posteriormente buscaron un dictador, y finalmente un emperador europeo. Decir que en México ganó una tendencia o la otra, por lo menos hasta finalizar la Guerra de Reforma, sería tanto como falsificar la historia. Salvo excepciones que se iban haciendo claras en décadas posteriores, pocos individuos estaban comprometidos exclusivamente con una visión u otra de lo que debería ser la sociedad mexicana. Intentaron varias soluciones y estuvieron atentos a las oportunidades de lograr poder y riqueza, fuera cual fuera el tipo de gobierno o sociedad que se proyectaba.<sup>3</sup>

Vale la pena insistir en este punto porque los historiadores tienen la costumbre de caracterizar a los políticos según sus discursos, leyes, actuaciones públicas, sin tomar en cuenta sus vidas privadas, que desmienten con frecuencia su "modernidad". La vida familiar, ese gran museo de costumbres, ritos y creencias que se suponía superados o extintos, demuestra una continuidad ininterrumpida con el pasado. Poco propensa a los cambios, la vida familiar es el contrapeso a innovaciones desestabilizadoras y a la secularización.<sup>4</sup>



## Amarrarse a un modelo del pasado

Unos breves ejemplos pueden ilustrar cómo se combinaban lo nuevo con lo viejo, el temor a la modernidad con el deseo de conformar una sociedad más participativa. La educación siempre está apegada a los intereses de la familia y de la tradición, y al mismo tiempo tiene que responder a las inquietudes contemporáneas. Para la Nacional y Pontificia Universidad de México, esto resultó ser un verdadero dilema. Se buscaba la continuidad, tanto del prestigio del claustro de catedráticos como de los conocimientos impartidos, y al mismo tiempo la modernidad, al hacer más eficientes los escasos recursos que la nueva nación podía dedicar a la educación. Hombres tan ilustrados, pero al final de su vida tan conservadores como Lucas Alamán, ingeniaban maneras de evitar cátedras repetidas, proponiendo desde la primera década de independencia varias reformas a la Universidad. Otros hombres, convencidos de que no era factible reformar ciertas antiguallas, optaron por extinguir la Universidad y crear un nuevo organismo. Valentín Gómez Farías encabezó este grupo, que consideraba inútil conservar o tratar de reformar algo que estaba totalmente anacrónico. Posteriormente, la Universidad se convirtió en campo de batalla político, donde su restablecimiento o clausura respondía a necesidades de partido, a declaraciones de principios, más que a un verdadero afán de modernidad o conservar un cierto tipo de educación superior en México. El debate acerca de la educación, con o sin la Universidad, reflejó la lucha entre



modernidad y continuidad que tanto preocupaba a los hombres del siglo XIX. Lo novedoso era familiarizarse con el mayor número de temas posibles, volverse un “enciclopedista”, saber algo acerca de muchos campos, para tener una gran capacidad de adaptación a los cambios que venía con velocidad cada vez mayor. Lo tradicional era adentrarse lo más posible hasta llegar a la esencia de cada materia, y esa esencia siempre llevaba a la religión. Tras el término de “profundidad” se escondía el deseo de darle un sentido religioso al conocimiento, como se venía haciendo hace siglos. El no hacerlo significaba una actitud más secular, donde el objeto último del estudio no se relacionaba necesariamente con la salvación del alma. Esta es la posición que trato de defender el último rector de la Universidad, el doctor José María Díez y Sollano, al enterrarse de la clausura que se le impuso a la Universidad en 1857. Explicó que “la verdadera ilustración ... consiste no en la multitud de ramos que se saben, ni en la variedad de doctrinas que se profesan; sino única y exclusivamente en la profundidad de los conocimientos adquiridos”. No había que leer muchos autores, sino unos cuantos aprenderlos bien, en gran parte de memoria. No había que cuestionar el principio de autoridad, recurriendo a experiencias ajenas. Para el rector, el método antiguo de la Universidad era inmejorable, había producido “felicísimos resultados”, sus graduados habían sobresalido y traído honor y gloria a su alma mater.

Para que pudiera continuar la Universidad con su vocación magisterial, se tenía que preservar un tipo de sociedad estratificada donde ciertas personas tuvieran preeminencias y privilegios. Sin ellos, no valía la pena tanto esfuerzo. Explicaba el rector: “sin estímulos es humanamente imposible conseguir que el hombre por sólo el amor del saber sufra toda clase de privaciones y emprenda las más arduas tareas y aun exponga su propia salud sin que por aquí haya de conseguir cosa ninguna de las que solemos apetecer en la vida; y éste es el origen nobilísimo en verdad que tuvo el establecimiento



de los grados académicos, procurando rodear de honor y de consideraciones sociales a los hombres” que seguían los estudios superiores. No se visualizaba un grado universitario más que como título de nobleza; su valor práctico era nulo, con él no se ganaba mejor la vida. Por eso era tan importante para Díez de Sollano una sociedad donde las prerrogativas se reconocieran, donde, en este caso en particular, se respetaran los derechos del claustro universitario, su posición social y sus ingresos, amenazados por la supresión decretada por el gobierno de Ignacio Comonfort. Todavía en esta época había pocos indicios de lo que después sería una educación laica.

El rector definía la Universidad como “el depósito de las inteligencias privilegiadas del país, que consolidasen las creencias y la moral por medio de la filosofía y de las ciencias exactas”. Puso en primer término su papel religioso, basado en la metafísica, y en segundo el papel práctico y útil, apoyado en la filosofía.<sup>5</sup>



### Una idea ilustrada puesta en práctica

En contrapeso del arraigo a las tradiciones, ejemplificada en la Universidad, había un gran ímpetu por hacer realidad una premisa de la ilustración, el reunir la mayor cantidad de información posible acerca del mundo físico. Desde las reformas borbónicas, se había intentado aumentar el número de informes y estadísticas entregadas por autoridades civiles y eclesiásticas. La corona quería saber cuántos, dónde, cuáles, cómo. Este deseo de conocer a México, en su geología, geografía, botánica y zoología, animó al gobierno de

Anastasio Bustamante a emitir una circular, en mayo de 1830, para el “acopio de colecciones de planos de minas, cartas geográficas, objetos de historia natural y de antigüedades, curiosidades y productos actuales de las artes”. Lo referente a la minería era especialmente importante, para proporcionar “a los especuladores, datos seguros para la dirección de sus empresas”. La falta de esta información causaba a la nación daños irreparables al “desacreditar este importante ramo” minero. Había, entonces, que reunir los planos de las minas y de los terrenos en que se hallaban ubicados, muestras de los minerales y todos los datos técnicos de cada mina. Para encontrar las minas, hacía falta un mapa general de la república, que de hecho logró la Comisión Cartográfica hasta el porfiriato. Pero desde 1830 el gobierno mexicano hizo el proyecto de reunir las cartas particulares de cada estado, con el fin de “depurar de los graves errores” las que se tenían hasta el momento.

Otra gran inquietud era el recolectar muestras de botánica y de zoología. El gobierno creía que había muchos aficionados que estarían encantados de ayudar a formar colecciones nacionales y regionales. “En todas partes se encuentran personas curiosas que tienen gusto en ocuparse en este género de indagaciones, por sí mismas entretenidas, y particularmente entre los señores curas hay muchos que destinan los ratos de descanso al estudio de las producciones de su curato”. Estos tenían la ventaja adicional de ser letrados, de manera que podían etiquetar adecuadamente sus hallazgos. El gobierno imprimió, junto con la circular, una “instrucción para coleccionar y preparar objetos de historia natural”, con pasos detallados para recolectar, preservar, empacar y enviar herbarios, semillas, frutos, maderas, raíces, gomas, resinas y otros productos vegetales, criptógramas (hongos, elechos, musgos y algas), pájaros, cuadrúpedos y reptiles, e insectos.<sup>6</sup>

La modernidad decimonónica era un abrirse hacia el



mundo exterior y examinar el propio con ojos críticos, curiosos, escépticos. Tuvo que luchar contra una enorme desconfianza hacia lo novedoso. Tenazmente, creció el número de personas dispuestas a retomar las ideas de la ilustración e incorporarlas a su manera de pensar y de visualizar la realidad. La vida, para estas personas, se volvió más secular, más del momento, más entregada al aquí y al ahora, más eficaz, y a partir de Gabino Barrera, más “positiva”. Los fenómenos de la naturaleza se podían explicar mediante leyes generales, mismas que posteriormente se aplicarían al estudio de la sociedad. México se “modernizó” en este sentido a lo largo del siglo XIX, con las reservas obvias para una población tan heterogénea como la suya. Habría que decir que donde hubo tendencias innovadoras, sobre todo durante la primera mitad del siglo, éstas tuvieron como meta lo racional, lo práctico, lo eficiente. Oponiéndose a ello, lo tradicional siguió con un enorme peso que obstaculizaba los intentos reformistas. Pero el mundo más allá de las fronteras nacionales iba cambiando y una parte de México estaba en contacto con él. Poco a poco se imponían las ideas ilustradas propuestas a finales del siglo XVIII, poco a poco retrocedía el miedo a las innovaciones, cuyas consecuencias últimas llevaban a lo desconocido. México se preparaba para entrar en el siglo XX con adelantos técnicos, con obras de ingeniería civil, con un número considerable de profesionistas e intelectuales atentos a los avances del conocimiento. Su modernidad radicaba en la aceptación de estos cambios y en su voluntad de seguir buscando la manera de armonizar lo tradicional con los progresos generados por el inquieto espíritu de un México en constante evolución.

<sup>1</sup> Nancy M. Farriss, *Crown and Clergy in Colonial México, 1759-1821. The Crisis of Ecclesiastical Privilege*, London, Athlone Press, 1968.

<sup>2</sup> José Miranda, *Humboldt y México*, México, UNAM, 1962.

<sup>3</sup> Para un estudio muy lúcido de las diferencias y semejanzas entre estos grupos, ver Edmundo O'Gorman, *México, el trauma de su historia*, México, UNAM, 1977.

<sup>4</sup> Para un análisis de algunos aspectos de la secularización en los primeros años después de la independencia, ver Anne Staples, "Secularización: Estado e Iglesia en tiempos de Gómez Farías", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, vol. 10, México, UNAM, 1986.

<sup>5</sup> José María Díez de Sollano, *Manifestación que hace el doctor d... como rector de escuelas de esta capital, de la conducta que ha guardado al extinguirse la Nacional y Pontificia Universidad por decreto de 14 de septiembre de 1857*. México, Imprenta de Andrade y Escalante, 1857, 22 pp.

<sup>6</sup> Manuel Dublán y José María Lozano, *La legislación mexicana o colección completa de las disposiciones legislativas expedidas desde la Independencia de la República*, México, Imprenta del Comercio, vol. 2, pp. 246-254.